

---

# La paradoja latinoamericana Resiliencia, fragmentación y el laberinto del desarrollo

Verónica Frisancho

**A**mérica Latina y el Caribe llegan al primer trimestre del 2026 habiendo superado, una vez más, los pronósticos más sombríos de los analistas globales. Si observamos el retrovisor inmediato, el año 2025 cerró con una resiliencia macroeconómica notablemente superior a la anticipada. En un tablero internacional marcado por la fragmentación comercial, la volatilidad financiera y el ruido ensordecedor de las tensiones geopolíticas, la región logró evitar el deterioro abrupto que muchos temían. La inflación continuó su descenso disciplinado, las monedas resistieron los embates de un dólar fluctuante y las economías, en su conjunto, lograron esquivar la recesión.

Sin embargo, esta aparente calma constituye, en sí misma, la manifestación más reciente de la «paradoja latinoamericana» que da título a este artículo. La región ha demostrado una capacidad de supervivencia envidiable, una «piel dura» ante la crisis, pero sigue atrapada en un laberinto de crecimiento mediocre. Mientras

las economías emergentes de Asia continúan expandiéndose a ritmos superiores al 4 %, América Latina se estabiliza en una meseta de crecimiento moderado, con una expansión estimada del 2,1 % en 2025 y una proyección apenas superior, del 2,1 %, para 2026.

La paradoja no es sólo aritmética; es también existencial. Somos una región rebosante de los recursos que el siglo XXI demanda con urgencia –minerales críticos para la transición energética, una capacidad de producción de alimentos vital para la seguridad global y ecosistemas esenciales para el equilibrio climático–, pero nuestras instituciones y nuestras cuentas fiscales nos imponen un corsé que limita el aprovechamiento de esa abundancia. Nos encontramos, pues, en una encrucijada histórica: hemos aprendido a no naufragar en las tormentas de la economía global, pero aún no hemos descifrado la carta de navegación que nos lleve a un puerto de prosperidad sostenida y compartida.

Este ensayo propone una radiografía actualizada de este momento crucial. No se trata sólo de analizar las cifras del PIB o la inflación, sino de entender cómo la diversidad de trayectorias nacionales, el impacto de los *shocks* exógenos –desde la guerra en Ucrania hasta el neoproteccionismo– y nuestras propias limitaciones internas están reconfigurando el futuro de la región.

### *La anatomía del entorno global: Navegando en la incertidumbre estructural*

Para comprender la realidad latinoamericana de 2026, es imperativo levantar la vista hacia el horizonte global. Vivimos en una era donde la incertidumbre ha dejado de ser una variable coyuntural para convertirse en una característica estructural del sistema internacional.

El mundo ha transitado de la euforia de la globalización a la cautela de la fragmentación. Durante 2025, el debate económico global estuvo dominado por el temor a una ruptura de las cadenas de valor y la imposición de restricciones comerciales agresivas, especialmente por parte de Estados Unidos. Si bien el impacto final fue menor al temido gracias a la capacidad de adaptación de las empresas y a la moderación en la implementación de algunas medidas, la amenaza del neoproteccionismo sigue vigente.

La guerra en Ucrania y los conflictos en Oriente Medio, aunque geográficamente distantes, continúan enviando ondas de choque a través de los mercados de energía y alimentos, recordándonos que la geopolítica es hoy un componente ineludible de la ecuación macroeconómica. En este escenario, el crecimiento global se ha estabilizado en torno al 3,3 %, una cifra que, aunque constante respecto a años anteriores, se sitúa por debajo de los promedios previos a la pandemia.

Para América Latina, este entorno presenta una dualidad. Por un lado, las condiciones financieras internacionales han mostrado una faceta más amable de lo esperado, con una compresión de los diferenciales de tasas de interés y un debilitamiento del dólar que ha aliviado las presiones sobre nuestras monedas. Por otro lado, la normalización de la política monetaria en las economías avanzadas, aunque en curso, nos deja un legado de tasas de interés reales históricamente elevadas. El dinero es más caro, el riesgo se penaliza con mayor severidad y el margen de error para nuestras economías se ha reducido drásticamente.

*Radiografía de las trayectorias nacionales:  
Un continente de múltiples velocidades*

Hablar de la economía latinoamericana como un bloque monolítico es un error analítico. Una radiografía de Latinoamérica y el Caribe

nos revela una región de velocidades dispares, donde las trayectorias nacionales responden tanto a la exposición a los vientos externos como a la calidad de la respuesta institucional interna.

En el centro del escenario, observamos una desaceleración en los gigantes de la región. Brasil y México, las dos mayores economías, enfrentan un 2026 con perspectivas de crecimiento por debajo del promedio regional. Para México, proyectamos una expansión moderada del 1,3 %, condicionada por la incertidumbre comercial derivada de la revisión del T-MEC y la debilidad de la inversión. Brasil, por su parte, crecería en torno al 1,8 %, enfrentando el desafío de mantener la inflación a raya en un contexto de condiciones financieras globales aún restrictivas.

En contraste, un grupo heterogéneo de economías medianas y pequeñas muestra un dinamismo superior. Países como Paraguay, Panamá, Costa Rica y República Dominicana se perfilan para crecer significativamente por encima del promedio regional. Estos casos de éxito relativo no son casuales; responden a modelos que han logrado capitalizar oportunidades específicas, ya sea a través de la integración logística, el turismo sostenible o la atracción de inversión extranjera directa en sectores estratégicos.

Mención aparte merecen los procesos de ajuste y estabilización. Argentina, tras años de turbulencia, ha comenzado a mostrar signos de recuperación, con una proyección de crecimiento que podría superar el promedio regional en 2026, anclada en un programa de reformas que ha priorizado el equilibrio fiscal y ha logrado una reducción apreciable del riesgo en el país. De manera similar, Ecuador avanza en su consolidación fiscal, demostrando que la disciplina macroeconómica, aunque costosa en el corto plazo, es condición necesaria para la estabilidad futura.

El Caribe, por su parte, continúa su recuperación apoyada en el turismo, aunque a un ritmo más moderado que en el rebote pospandemia. Sin embargo, la subregión sigue siendo el epicentro

de la vulnerabilidad climática, un recordatorio constante de que, en nuestra geografía, la economía y la naturaleza son indisolubles.

### *El impacto de los shocks exógenos: De la geopolítica al clima*

La paradoja latinoamericana se agudiza cuando analizamos cómo los *shocks* exógenos impactan en nuestras estructuras productivas. Ya no se trata sólo de la volatilidad de los precios de las materias primas, sino de una tríada de riesgos: geopolíticos, financieros y climáticos.

En primer lugar, la reconfiguración del comercio global no es neutra para la región. El renovado énfasis de Estados Unidos en el hemisferio occidental y la competencia estratégica entre grandes potencias han puesto a América Latina bajo un escrutinio mayor. Esto es un arma de doble filo. Por un lado, incrementa la sensibilidad de los flujos de capital a los alineamientos políticos y a la estabilidad institucional. Por otro, abre oportunidades inéditas. Las estrategias de *nearshoring* (relocalización cercana) y *friendshoring* (relocalización en países aliados) dejan de ser conceptos teóricos para convertirse en realidades potenciales que pueden beneficiar a países como México y subregiones como Centroamérica, siempre que ofrezcan la certidumbre jurídica e infraestructura necesarias.

Sin embargo, el riesgo de cambios abruptos en la política comercial estadounidense sigue siendo el principal sesgo a la baja para la región. Un endurecimiento de las medidas arancelarias o una revisión hostil de los acuerdos vigentes podrían descarrilar las proyecciones de crecimiento, afectando no sólo a México, sino a todas las cadenas de valor integradas en el norte del continente.

En segundo lugar, la volatilidad financiera es muy alta. Aunque la inflación global ha descendido, permitiendo a los bancos centrales de la región iniciar ciclos de flexibilización monetaria, el entorno financiero sigue siendo frágil. Las tasas de interés reales elevadas

reflejan una prima de riesgo estructural que encarece el financiamiento del desarrollo. En un año de cambios en el liderazgo de la Reserva Federal y posibles correcciones en los mercados de activos tecnológicos, la región sigue expuesta a episodios de volatilidad que pueden revertir los flujos de capital hacia los mercados emergentes.

Por último, persiste y se agudiza el desafío climático. Quizás el tipo de *shock* más exógeno y a la vez más íntimo para la región es el climático. América Latina y el Caribe han enfrentado más de 2.200 desastres climáticos en las últimas cuatro décadas. La transición entre los fenómenos de El Niño y La Niña prevista para este ciclo es una variable macroeconómica de primer orden. Estos eventos extremos amenazan la producción agrícola, presionan los precios de los alimentos y ponen a prueba la infraestructura física, amplificando las vulnerabilidades fiscales de países que ya operan con márgenes de maniobra mínimos.

### *Restricciones internas: El corsé fiscal y social*

Si los vientos externos son inciertos, las restricciones internas son el ancla que frena el despegue. El frente fiscal continúa siendo el principal condicionante macroeconómico de la región.

Tras años de gasto expansivo para contener los efectos sociales de la pandemia y la inflación, los espacios fiscales se han agotado. Nos encontramos con niveles de deuda pública elevados y, lo que es más preocupante, con un costo del servicio de la deuda que drena recursos que deberían destinarse a la inversión productiva o social. Se estima que, en promedio, los países de la región necesitan un esfuerzo de consolidación fiscal cercano al 2,1 % del PIB simplemente para estabilizar sus ratios de deuda.

Esta rigidez fiscal se ve agravada por una estructura de gasto inflexible y por presiones sociales persistentes. En un año con un

calendario electoral activo –con comicios recientes en Costa Rica y procesos previstos en Brasil, Colombia y Perú–, la tentación de posponer los ajustes necesarios es alta. Sin embargo, la realidad es implacable: sin recomponer los márgenes fiscales, la capacidad de los gobiernos para responder ante futuros *shocks* será prácticamente nula.

A esto se suma un desafío estructural de largo plazo: la transición demográfica. El envejecimiento poblacional está comenzando a limitar el crecimiento potencial de la región, presionando los sistemas de pensiones y salud. La ventana de oportunidad demográfica se está cerrando, y lo hace en un momento donde la productividad y la inversión siguen rezagadas.

### *Perspectivas de futuro: oportunidades en la incertidumbre*

Pese a este diagnóstico sobrio, el futuro de América Latina y el Caribe no está escrito en piedra. La paradoja de la abundancia también encierra la llave de su propia solución. El año 2026, con todas sus complejidades, ofrece una ventana de oportunidad única si la región logra articular estabilidad macroeconómica con políticas productivas inteligentes.

Las oportunidades son tangibles y se alinean con las grandes tendencias globales. En primer lugar, América Latina y el Caribe tiene la oportunidad de posicionarse como un actor indispensable en la descarbonización del planeta. La demanda global de minerales críticos como el cobre, el litio y el níquel seguirá sosteniendo las exportaciones de los países andinos y del Cono Sur. Pero la oportunidad va más allá de la extracción: la disponibilidad de energías renovables competitivas posiciona a la región como un destino atractivo para inversiones verdes, desde la producción de hidrógeno hasta la instalación de centros de datos que requieren energía limpia.

En segundo lugar, nuestra región se puede constituir como un actor central en la agenda de seguridad alimentaria global. En un mundo fragmentado y temeroso por el abastecimiento, el rol de la región como proveedor agroalimentario confiable se revaloriza. El Cono Sur y Brasil tienen la capacidad de alimentar a un mundo creciente, pero el salto cualitativo dependerá de incorporar tecnología, trazabilidad y sostenibilidad a la producción agrícola.

En tercer lugar, la búsqueda de una integración inteligente resulta central para nuestras perspectivas de crecimiento futuro. El avance hacia la firma del acuerdo entre el Mercosur y la Unión Europea representa un hito político y económico que podría catalizar inversiones de calidad y transferencia tecnológica. Asimismo, la profundización del comercio intrarregional y la integración de cadenas de valor en sectores como la manufactura avanzada y los servicios digitales ofrecen una vía para reducir la dependencia de los ciclos externos.

Por último, podemos apalancarnos en nuevos motores de crecimiento de la región. En el contexto actual, emergen sectores con gran potencial: la economía del conocimiento en Argentina y Uruguay; los servicios financieros digitales en Colombia y la región andina; y un turismo de alto valor y sostenible en el Caribe y Centroamérica. Diversificar la matriz productiva hacia estos servicios es la mejor estrategia para romper la trampa del bajo crecimiento.

### *Conclusión: Hacia una nueva institucionalidad para el desarrollo*

Al cerrar esta reflexión, volvemos a la idea central que nos convoca: la paradoja latinoamericana. Tenemos la abundancia de recursos y hemos construido una resiliencia macroeconómica que nos permite resistir los golpes. Lo que nos falta –y éste es el desafío central

hacia 2026 y más allá— es fortalecer las instituciones que convierten esa resistencia en desarrollo.

El crecimiento del 2,1 % proyectado para 2026 no es un destino fatal, sino un punto de partida. Superar este umbral requiere más que suerte con los precios de las materias primas. Requiere consensos políticos para ejecutar reformas fiscales que no sean sólo ajustes contables, sino pactos sociales por la eficiencia y la equidad. Requiere marcos regulatorios que den certidumbre a la inversión privada en un mundo que compite ferozmente por el capital. Y requiere, fundamentalmente, una visión estratégica que entienda que la inserción en el mundo ya no puede ser pasiva.

En este esfuerzo, el papel de las instituciones financieras de desarrollo, como CAF, es vital. No sólo como prestamistas, sino como articuladores que reducen riesgos, estructuran proyectos y acompañan las reformas necesarias. Su capacidad para movilizar al sector privado será determinante en un contexto de fuerte tensión en las cuentas públicas.

América Latina enfrenta el 2026 con cautela, pero sin fatalismo. La paradoja de la abundancia sin desarrollo no se resolverá en un año, pero las decisiones que tomemos hoy —sobre integración, sobre inversión verde, sobre estabilidad institucional— definirán si la próxima década será otra oportunidad perdida o el momento en que la región finalmente encontró su rumbo en el laberinto global.

V. F.